

fiecas y la atrajo hacia sí; y teniéndola así, con las manos temblorosas al contacto de su piel, hablaba con voz alterada, á medida que la suplicaba que se quedase. ¿Adónde iba á ir? ¿á casa de algunos extraños, á Cloyes ó á Chateaudun? ¿No estaba mejor en aquella casa donde se había criado, entre gentes que la amaban? Ella escuchaba y se enternecía á su vez, porque aunque no pensaba en ver en él un amante, acostumbraba á obedecerle gustosa, parte por amistad y parte por respeto, encontrándole muy serio.

—Yo quiero mi parte—repetía ella algo quebrantada;—solamente que no digo que me irá.

—Pues bien, tonta—intervino Buteau,—¿qué vas á hacer con tu parte si te quedas? Lo tienes todo como tu hermana, como yo; ¿por qué quieres la mitad? ¡Vamos, es cosa para morirse de risa!.... Oye bien. La partición se hará el día que te cases.

Los ojos de Juan, fijos en ella, vacilaron como si su corazón hubiera desfallecido.

—¿Lo oyes? El día de tu matrimonio.

Ella no contestaba, turbada.

—Y ahora, mi pequeña Francisca, vé á abrazar á tu hermana. Esto será lo mejor.

Elisa no era mala, y lloró cuando Francisca se colgó á su cuello. Buteau, encantado de haber arreglado el asunto, dijo que había que beber un trago. Trajo cinco vasos, destapó una botella y fué á buscar otra. La faz curtida del viejo se había coloreado, mientras que explicaba que para él lo primero era el buen orden y el deber. Todos bebieron, mujeres y hombres, á la salud de todos los presentes.

—Es bueno el vino—exclamó Buteau, dejando sobre la mesa ruidosamente el vaso,—todo lo que queráis; pero es mejor ese agua que cae.... Miradla cómo sigue cayendo.... ¡Qué hermosa!

Y todos delante de la ventana, desvanecidos en una especie de éxtasis religioso, miraban caer la lluvia, lenta, interminable, como si hubieran visto bajo aquella agua bienhechora crecer los hermosos trigos verdes.

II.

Un día de aquel verano, la vieja Rosa, que se sentía débil, y cuyas piernas flaqueaban, hizo venir á su sobrina Palmira para fregar la casa. Fonan había salido, como de costumbre, á dar una vuelta por los sembrados, y mientras que la miserable, de rodillas, calada de agua, se reventaba frotando, la otra la seguía, hablando siempre de las mismas historias.

Hablóse de la desgracia de Palmira, á la que pegaba ahora su hermano Hilario. Sí, aquel inocente, aquel enfermo se había vuelto malo; y como no conocía las fuerzas de sus puños, capaces de romper las piedras, temía ella siempre que se metiera nadie en ello, y llegaba á calmarle con la ternura infinita que guardaba para él. La semana anterior había habido un escándalo del cual hablaba todavía todo Rognes; un estrépito tal, que los vecinos habían acudido y le habían encontrado sobre ella haciendo atrocidades.

—Dime, hija mía—preguntó Rosa para pro-

vocar sus confidencias,—¿es verdad que te quería forzar el bruto?

Palmira, dejando de frotar, se quedó sin contestar al pronto.

—¿Y qué les importa á los demás? ¿Qué necesidad tenían de entrar á nuestra casa á espiarnos?..... No robamos á nadie.

—¡Demonio!—añadió la vieja;—sin embargo, si como se dice, dormís juntos, eso está muy mal.

Por un momento la infortunada quedó muda, con rostro de pena y la mirada vaga; después siguió fregando, y marcando sus frases con el movimiento de sus brazos, dijo:

—¡Ah! ¡muy mal! ¿y quién lo sabe?..... El cura me ha llamado para decirme que iríamos al infierno, y yo he contestado que es un niño que no sabe más que si sólo tuviera tres días, y que se habría muerto si yo no lo hubiera alimentado, y que apenas ha tenido otra dicha..... Pero eso es cuenta mía. El día en que me estrangule en uno de los accesos de rabia que le acometen en esos momentos, ya veré si el buen Dios quiere perdonarme.

Rosa, que sabía la verdad hacía mucho tiempo, viendo que no sacaría ningún detalle nuevo, concluyó discretamente:

—Seguramente, cuando las cosas son de un modo no son de otro..... No importa; no es vida esa que tú llevas, hija mía.

Y se lamentó de que todo el mundo tenía su desgracia. Así, ella y su marido pasaban grandes miserias desde que habían tenido el buen corazón de sacrificarse por sus hijos. En este punto ya no se detuvo. Era el eterno asunto de sus quejas.

—¡Dios mío! Cuando los hijos son malos, son malos..... Si siquiera pagaran la renta.....

Y explicó por la vigésima vez que sólo Delhomme llevaba sus trimestres de cincuenta francos. ¡Oh! muy puntualmente. Buteau, siempre atrasado, trataba de no pagar dando largas. Cuanto á Jesucristo, la cosa era más sencilla, no daba nada. ¡Pues no había tenido aquella mañana el tupé de enviar á la Trouville á pedir prestados cien sueldos para hacer un puchero á su padre enfermo! ¡Buena estaba la enfermedad: un gran agujero debajo de la nariz! Así había recibido á aquella andrajosa, encargándola que dijera á su padre que si aquella noche no llevaba sus cincuenta francos, le enviaría un alguacil.

—Sólo para asustarlo, porque el pobre muchacho no es malo—añadió Rosa, que se enternecía ya en su predilección por su hijo mayor.

Al obscurecer, habiendo venido Fouan á comer, volvió ella á su tema en la mesa, mientras que él comía con la cabeza baja y sin hablar. ¿Sería posible que de sus seiscientos francos cogiesen sólo los doscientos de Delhomme, apenas ciento de Buteau y nada del otro, lo que apenas sumaba la mitad de la renta?

Palmira que en la obscuridad acababa de fregar la cocina, respondía la misma frase á cada lamentación, como un estribillo de la miseria:

—¡Ah! seguramente, cada cual tiene su desgracia.

Decidióse al fin Rosa á encender luz, cuando la Grande entró con su calceta. En aquellas noches cortas apenas había velada; pero para no gastar luz, venía á pasar á casa de su hermano una hora

antes de ir á acostarse á tuestas. Instalóse en seguida, y Palmira, que todavía tenía sin fregar pucheros y cacerolas, no habló más, sobrecogida delante de su abuela.

—Si tienes necesidad de agua caliente, hija mía, pon un tronco.

Se contuvo un instante, esforzándose por hablar de otra cosa; porque delante de la Grande los Fouan evitaban el quejarse, sabiendo que le proporcionaban un placer; pero la pasión le arrebató.

—Y puedes echar un tronco entero, si es que puedes llamarse así esto. Astillas nada más..... Se está portando Fanny.....

Fouan, que se había quedado en la mesa, delante de un vaso lleno, salió entonces del silencio en que parecía querer encerrarse.

—¿Has concluido ya con tu tronco? ¡Ya sabemos que es una porquería!..... ¿Y qué diré yo de esta porquería de vino que me envía Delhomme?

Y alzando el vaso lo miró á la luz.

—¡Hein! ¿qué demonios hay aquí dentro? Será cosa del tonel..... ¡Y él es el honrado! Los otros nos dejarían morir de sed sin ir á buscar una botella de agua al río.

Decidióse al fin á beber el vino de un trago. Pero lo escupió violentamente.

—¡Oh! ¡el veneno! ¡Será para hacerme morir más pronto!

Desde aquel momento Fouan y Rosa se abandonaron á su rencor sin reparar en nada. Sus razones ulceradas se consolaban alternando las letanías de sus recriminaciones. Así, de los diez litros de leche por semana no recibían apenas seis; y luego aquella leche debía ser muy buena cris-

tiana aunque no pasara por entre las manos del cura. Cuanto á los huevos, los encargarian expresamente á las gallinas, porque no se encuentran más pequeños en todo el mercado de Cloyes: sí, una verdadera curiosidad, y dados de tan mala gana, que tienen tiempo de podrirse en el camino.

¿Y los quesos? Rosa tenía un cólico siempre que los comía. Fué á buscar uno y se empeñó en que lo probase Palmira. ¡Uf! aquello era un horror. ¿Pues y la harina?..... Pero ya Fouan se lamentaba de verse reducido á no poder fumar más que un sueldo de tabaco por día; pero en seguida ella recordó su café que había tenido que suprimir; y los dos á la vez los acusaron de la muerte del pobre perro, que habían tenido que echar al río la vispera, porque ahora les resultaba muy caro mantenerlo.

—Se lo he dado todo, absolutamente todo—gritó el viejo,—y los muy canallas se burlan de mí..... ¡Ah! ¡esto nos matará de seguro, porque no podemos soportar esta miseria!

Al fin callaron, y la Grande, que no había desplegado los labios, los miró primero á uno, luego á otro, con sus ojazos redondos y mortecinos como los de un mochuelo.

—¡Bien hecho!—dijo.

Pero precisamente en aquel instante entró Buteau. Palmira, que había concluido su trabajo, aprovechó la oportunidad para escapar, escurriéndose por la puerta entreabierta, con los quince sueldos que Rosa acababa de ponerle en la mano. Y Buteau, de pie en medio de la habitación, se mantuvo inmóvil, encerrado en ese prudente silencio del labriego, que nunca quiere ser el primero en

hablar. Transcurrieron dos minutos. El padre se vió obligado á abordar el asunto.

—De modo que al fin te decides..... no está mal.... después de diez días de estarte haciendo esperar.....

El otro tardó en hablar, y al fin contestó:

—Cuando no se puede, no se puede. Cada cual sabe lo que se pesca.

—Es posible; pero por esa cuenta, si eso durase, mientras tú comerías bien, nosotros nos moriríamos de hambre..... Tú has firmado y debes pagar con escrupulosa puntualidad.

Al ver que su padre se enfadaba, Buteau se echó á reír.

—Vamos, pues si llego tarde, me volveré á marchar, y en paz. No creáis que pagar es cosa agradable, y por eso sé yo de alguno que no paga nunca.

Esta alusión á Jesucristo puso con cuidado á Rosa, que sin atreverse á intervenir, sólo se permitió tirar de la blusa á su marido que estaba furioso, y el cual se calmó en efecto.

—¡Bueno, bueno! vengan tus cincuenta francos, que aquí tengo el recibo preparado.

Buteau, sin apresurarse, se metió la mano en el bolsillo. Había mirado á la Grande con cierto aire que demostraba que la presencia de su tía lo contrariaba. La vieja soltaba la media que estaba haciendo y miraba con fijeza, esperando á ver salir el dinero. El padre y la madre también se habían aproximado y no perdían de vista la mano del muchacho.

Y bajo las miradas de aquellos tres pares de ojos desmesuradamente abiertos, se resignó á sacar una primera moneda de cien sueldos,

—Una—dijo, poniéndola sobre la mesa.

Las otras salieron cada cual más lentamente que la anterior. Buteau seguía contándolas en voz alta y cada vez más débil. Después de la quinta se detuvo y necesitó hacer grandes esfuerzos para encontrar otra; luego gritó con voz firme y muy alta:

—¡Y seis!

Los Fouan seguían esperando, pero ya no sacó más.

—¿Cómo seis?—acabó por decir el padre.—Son diez..... ¿Te estás burlando de nosotros? ¡El trimestre pasado cuarenta francos, y éste treinta!

Buteau adoptó en seguida un tono compungido. ¡Ah! todo iba muy mal. El trigo estaba cada vez más barato, las avenas eran muy medianejas. Hasta el caballo lo tenía enfermo, y había tenido que llamar dos veces al Sr. Patoir. En fin, aquello era una ruina, y se tiraba de una oreja sin poder alcanzarse la otra.

—Eso no me importa—repetía el viejo furioso.

—Da los cincuenta francos, ó te llevo á los tribunales.

Pero se calmó con la idea de no recibir las seis monedas más que en calidad de adelanto á cuenta, y habló de rehacer el recibo.

—De modo que me darás los veinte francos la semana que viene, y lo diremos así en el recibo.

Pero ya con mano pronta Buteau había recogido el dinero de encima de la mesa.

—¡No, no; nada de eso!..... Quiero estar liquidado. Dejad el recibo, ó me voy..... ¡Toma! no valdría la pena de sacrificarme, para seguir debiéndoos también!

Y aquello fué terrible; el padre y el hijo se obstinaron, repitiendo incesantemente las mismas palabras, uno exasperado por no recibir el dinero en seguida, el otro apretándole los puños para no dar el dinero sino á toma y daca con el recibo. Por segunda vez la madre tuvo que tirar á su marido de la blusa, y de nuevo cedió.

—¡Toma, maldito ladrón! ¡Ahí está el papell Debería hacértelo tragar.... Trae el dinero.

Verificóse el canje con todas las precauciones, y cuando esto estuvo hecho, Buteau se echó á reír. Se fué alegre y satisfecho, dando las buenas tardes á los presentes. Fouan se había sentado junto á la mesa con aire abatido y cansado. Entonces la Grande, antes de empezar de nuevo á hacer media, se encogió de hombros y le lanzó al rostro estos epitetos:

—¡Animal, mala bestia!

Hubo un momento de silencio; la puerta volvió á ser abierta y apareció Jesucristo. Había sabido por la Trouille que su hermano iba á pagar aquella tarde, y se estuvo esperando su salida para entrar él. La expresión de su semblante era dulce, aunque llevaba impreso un resto de la borrachera del día anterior. Desde el dintel de la puerta sus miradas se dirigieron á las monedas de cien sueldos que Fouan había tenido la imprudencia de volver á colocar encima de la mesa.

—¡Ah! ¡es Jacinto!—exclamó Rosa, muy contenta de verlo.

—Sí, soy yo.... Salud á todos.

Y avanzó sin apartar la vista de las blancas monedas que brillaban como cristal á la luz de la vela. El padre, que había vuelto la cabeza, siguió

su mirada, vió el dinero y se sobresaltó. Rápidamente colocó un plato encima de él para ocultarlo. ¡Era demasiado tarde!

—¡Animal, bestia!—pensó el viejo irritado contra sí mismo por su inadvertencia. La Grande tiene razón.

Luego dijo en voz alta y tono brutal:

—Haces bien en venir á pagarnos, porque tan cierto como que esta luz nos está alumbrando, iba á enviarte el alguacil mañana por la mañana.

—Sí, ya me lo dijo la Trouille—gimió Jesucristo con tono humilde,—y he venido precisamente porque quería decirlos que no podéis desear mi muerte, ¿no es verdad?.... ¡Dios mío, pagar! ¿Pagar, con qué? Venid á verlo vos mismo, y os convenceréis de que tengo razón. Yo no tengo ni sábanas en la cama, ni muebles, ni nada.... y además estoy enfermo.

Un gruñido de incredulidad lo interrumpió. Él siguió hablando sin hacer caso.

—Tal vez no lo parezca; pero os aseguro que tengo algo muy malo por dentro. Toso, y creo que voy á morirme.... ¡Siquiera tuviera uno caldo! Pero cuando ni eso se tiene, se revienta y se acabó.... Claro está que os pagaría si tuviese dinero. Decidme dónde hay para que os dé y para que empiece yo por encender lumbre en mi casa. ¡Hace quince días que no he visto la carne! ¡Palabra de honor!

—Rosa comenzaba á conmoverse, mientras su marido se enfadaba cada vez más.

—¡Te lo has bebido todo, haragán, tunante! ¡Qué culpa tengo yo! ¡Peor para tí! ¡Tierras hermosísimas que eran de nuestra familia desde tiem-

po inmemorial, las has hipotecado! ¡Sí; hace meses que tú y la puta de tu hija os estáis dando la gran vida, y si ya se os ha concluído todo, revienta!

Jesucristo ya no vaciló y comenzó á sollozar.

—Eso que decís no lo dice ningún padre. Es menester ser muy desnaturalizado para renegar de un hijo..... Yo tengo buen corazón y eso me perderá..... ¡Encima de no tener dinero!..... Y cuando un padre lo tiene, ¡le niega una limosna á un hijo!..... ¡Iré á mendigar á otra parte!

Y á cada frase entrecortada por el llanto miraba de reojo al plato que ocultaba el dinero. Luego, fingiendo que se ahogaba, no hizo más que dar lamentos como hombre que ya no puede resistir más.

Rosa, trastornada, convencida por las lágrimas y sollozos, cruzó las manos para suplicar á Fouan.

—Vamos, marido.....

Pero éste se defendía, negándose aún.

—No—dijo;—se ríe de nosotros..... ¿Quieres callarte, animal? ¿Tiene sentido común eso de llorar así? Van á venir los vecinos y nos van á poner enfermos.

Esto no hizo más que redoblar los gritos del borracho, que chilló:

—No lo he dicho todo. El alguacil va mañana á mi casa para embargar. Sí, por un recibo que le firmé á Lambourdiou..... Soy un canalla que os deshonra, y es preciso que esto acabe. ¡Ah, canalla! Lo que merezco es tirarme al Aigre y ahogarme..... ¡Si siquiera tuviese treinta francos!.....

Fouan, aterrado, vencido por aquella escena, se estremeció al oír eso de los treinta francos. Se-

paró el plato. ¿A qué tenerlo allí, si el muy pillo los veía y los contaba de todos modos?

—Lo quieres todo, Dios mío. ¿Es esto razonable? ¡Toma! nos matas sin remedio; llévate la mitad y véte; ¡que no te volvamos á ver!

Jesucristo, curado de repente, pareció consultar consigo mismo, y luego declaró:

—Quince francos no, porque es muy poco y no me saca del apuro..... Dadme veinte y os dejo.

Luego, cuando tuvo en su mano las cuatro monedas de cien sueldos, los alegró á todos contándoles lo que le había hecho á Becú por reírse de él; colar unas cuerdas tan disimuladamente á la orilla del Aigre, que el bueno del guarda tropezó con ellas y se cayó al río. Por fin se fué después de haberse bebido un vaso del vinejo de Delhomme, al cual trató de canalla por su atrevimiento de darle á su padre aquella droga infernal.

—De todos modos, es muy bueno y simpático—dijo Rosa cuando hubo cerrado la puerta.

La Grande se había puesto de pie, recogiendo su media y disponiéndose á marchar. Miró á su cuñada, luego á su hermano, y por fin salió después de haberles gritado, con voz que delataba la cólera, que había estado conteniendo largo rato:

—¡Ni un céntimo, animales! ¡No me pidáis jamás ni un céntimo! ¡Jamás, jamás!

En la calle se encontró á Buteau que volvía de casa de Macqueron, asombrado de haber visto entrar allí á Jesucristo con la cara más alegre que unas pascuas y sonando el dinero que llevaba en el bolsillo.

—¡Sí; ese grandísimo canalla se lleva tu dinero y hace gárgaras con él riéndose de tí!

Buteau, fuera de sí, llamó con los dos puños á la puerta de los Fouan. Si no le hubiesen abierto, habría echado la puerta abajo. Los dos viejos estaban acostándose; la madre se había quitado la cofia y el vestido y se hallaba en enaguas con el escaso cabello gris caído á la cara. Y cuando se decidieron á abrir, su hijo cayó entre ellos como una avalancha, gritando con voz rabiosa:

—¡Mi dinero! ¡mi dinero!

Los dos tuvieron miedo, se separaron aturridos sin saber qué era aquello.

—¿Creéis que yo reviento trabajando para el tumbón de mi hermano? ¿No hace nada y voy yo á mantenerle sus vicios?..... ¡Ah, no! ¡ah, no!

Fouan quiso negar, pero el otro le interrumpió brutalmente.

—¡Eh! ¿qué? ¿vais á mentir ahora?..... Os digo que tiene mi dinero, que lo he oído yo sonar en el bolsillo de ese granuja. ¡El dinero que tanto sudor me ha costado ganar, se lo va á beber él!..... Y si no es verdad, á ver, enseñádmelo. Sí; si aun lo tenéis, enseñadme las monedas..... Yo las conozco, sé cuáles son..... Enseñadme las monedas.....

E insistió con terquedad, repitiendo veinte veces la misma frase, como si con ella pudiera mantener viva su cólera. Llegó á dar furiosos puñetazos encima de la mesa, exigiendo que le enseñasen las monedas, diciendo que ya no las quería, pero que era preciso que las viese. Luego, al ver que los viejos temblando balbuceaban de miedo, estalló de nuevo en injurias.

—¡Es claro que no podéis enseñármelas, porque las tiene él!..... ¡El diablo me lleve si vuelvo á traeros un céntimo! Por vosotros al fin y al cabo

puede pasar que uno se sangre; pero por mantener los vicios de ese granuja..... ¡ah! preferiría quedarme manco.

Al fin el padre acabó por enfadarse también.

—¡Vaya, vaya, basta! Esto no se puede sufrir. ¿Qué te importa á tí lo que nosotros hagamos? Ese dinero que tú me traes es mío y muy mío, y puedo hacer con él lo que me dé la real gana.

—¿Qué estáis diciendo?—replicó Buteau furioso, acercándose á él, pálido y con los puños apretados.—Queréis que yo lo suelte todo..... Pues sabed que me parece una cochinería que le saquéis los cuartos á vuestros hijos cuando estamos convencidos de que tenéis de sobra para vivir sin necesidad de eso.... ¡Oh! Ya podéis negar cuanto os dé la gana; estoy seguro de que tenéis una hucha escondida en alguna parte.

El viejo, sorprendido, se enfurecía y tartamudeaba, juntando las manos con desesperación, hablando en voz entrecortada, furioso al ver que había perdido la autoridad que tenía en otro tiempo para echarlo de allí.

—¡Mientes, mientes!—gritó;—no tengo ni un ochavo. ¡A ver! ¡fuera de aquí! ¡véte!

—¡Ah! ¡si yo lo buscase!—repetía Buteau, que ya había empezado á abrir los cajones y á golpear las paredes.

Entonces Rosa, aterrada, temerosa de que hubiese una riña entre el padre y el hijo, se colgó de un hombro de este último, murmurando:

—Desgraciado, ¿quieres matarnos?

Bruscamente el hijo se volvió hacia ella, la cogió por las muñecas y le gritó furioso sin reparar en su blanca cabeza abatida y gastada:

—¡Vuestra, vuestra es la culpa de todo! ¡Vos habéis dado el dinero á Jacinto. ¡A mí no me habéis querido nunca, pícara vieja!

Y la dió un empujón tan violento, que la infeliz, desfalleciente, fué á caer sentada en el suelo. Había dado un sordo quejido. El la miró un momento con los ojos fuera de las órbitas, y luego, con ademanes de loco, se marchó, dando un portazo tremendo y blasfemando.

Al día siguiente Rosa no pudo levantarse de la cama. Llamaron al doctor Finet, que fué tres veces sin conseguir aliviarla. A la tercera visita la encontró en la agonía; llamó aparte á Fouan y le rogó como un favor especial que le dejase extender la certificación de muerte, para evitarse un nuevo viaje, cosa que solía hacer cuando se trataba de gente que vivía muy lejos de su casa. Esto no obstante, duró todavía treinta y seis horas más. Él á las preguntas de todos había contestado que eran los años los que la mataban, que había trabajado mucho y que estaba gastadísima. Pero en Rognes, donde todos sabían la historia, se dijo que había sido un ataque á la cabeza. Hubo mucha gente en el entierro, y Buteau y el resto de la familia se portaron muy bien.

Y cuando hubieron tapado aquel agujero en el cementerio, Fouan se volvió solo á la casa donde habían vivido y sufrido juntos durante cincuenta años. Comió de pie un poco de pan y queso. Luego vagó por las habitaciones y por el jardín desiertos, sin saber cómo matar el tiempo ni su pena. Ya no tenía nada que hacer y se fué á la colina, para contemplar desde allí sus antiguas tierras y ver si crecía el trigo.

III.

Durante un año entero Fouan vivió así silencioso y solo en aquella casa que parecía abandonada. Sin cesar se le encontraba de pie, yendo y viniendo de una parte á otra, tembloroso y triste, sin hacer nada. Permanecía las horas enteras delante de los pesebres del establo; volvía á pararse á la puerta de la granja, y á menudo pasaba otras cuantas horas allí, como si lo hubieran clavado en el suelo. El jardín lo ocupaba á ratos; pero cada vez se inclinaba más y más hacia la tierra, como si oyese que la tierra le llamaba, y más de una vez le habían encontrado sin sentido y boca abajo en el suelo.

Desde el día en que le dieron los veinte francos á Jesucristo, sólo Delhomme pagaba la renta, pues Buteau se empeñaba en no devolver ni un céntimo más, declarando que prefería ir á los tribunales á ver que su dinero iba á parar al bolsillo del canalla de su hermano. Este último, en efecto, arrancaba aún de vez en cuando una limosna forzada á su padre, á quien enternecían sus lágrimas y lamentaciones.

Entonces fué cuando Delhomme, conmovido ante aquel creciente martirio del pobre viejo, achacoso, débil, explotado, enfermo y solitario, pensó en llevarse consigo. ¿Por qué no había de vender la casa y marcharse á vivir con su hija? Él no carecería de nada y ellos no tendrían que devolver dinero alguno. Al día siguiente, Buteau, que supo